

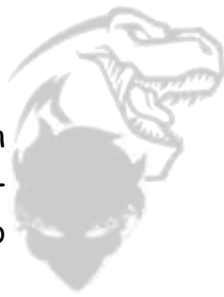


Capítulo 254 - Uno de los Clanes Tigre

El territorio del Clan Ironfang se extendía a lo largo de la franja norte de la Zona de Bestias Salvajes dentro del Imperio Eldoria, una brutal extensión de tierra donde los linajes de tigres dominaban en el borde de este antiguo reino —no es que supieran el nombre de este reino para empezar.

A excepción de los Superiores dentro de las zonas interiores, para todos los demás, este era su mundo, sin conocimiento de que existiera ningún mundo exterior excepto el brutal gobierno de la jungla y un sistema feudal bien establecido diseñado para dar la oportunidad de ascender a aquellos en la parte inferior de la jerarquía.

Enormes chozas de piedra grabadas con caras de tigre gruñendo salpicaban los escarpados caminos, cada pared estaba marcada con la marca del clan — rayas dentadas cortadas como heridas frescas, rezumando un tono profundo y sangriento.



El aire espeso colgaba pesado con el hedor del almizcle, las muertes frescas y ese borde crudo de poder indiscutible que hacía que tu pelaje se pusiera de punta.

Un flacucho tigre macho se tambaleaba por el abarrotado mercado, con su pelaje naranja enmarañado por el sudor que le picaba los ojos.

Se había abierto camino hasta el reino del Cuerpo de Bronce medio —lo suficientemente fuerte como para romper rocas con un puñetazo en su pequeña tribu que fue destruida por monstruos, pero ahora, ¿en este infierno? Significaba una mierda.



"¡Deja de retorcerte, patético enano!"

Una enorme pata se enganchó en su cuello como un tornillo de banco, levantándolo hasta que sus dedos de los pies colgaron.

La tigresa que se elevaba sobre él era una bestia, empujando siete pies con músculos ondulando bajo su piel rayada, su poder zumbando en la cima del Reino del Cuerpo Plateado.

Tres subreinos enteros por delante, como comparar un gatito con una tormenta.

Sus ojos dorados se entrecerraron de pura molestia mientras apretaba su agarre, su tráquea se aplastaba bajo la presión y había manchas negras bailando en su visión.

"Gah—misericordia—", jadeó, sus garras raspando inofensivamente su brazo inquebrantable, extrayendo pequeñas gotas de sangre que ella ni siquiera notó.

Ella ignoró sus súplicas y lo arrastró como si fuera un saco de basura.

Sus talones se arrastraban sobre las piedras irregulares, levantando polvo que lo ahogaba aún más mientras atravesaban la bulliciosa calle.

Otras tigresas lanzaron miradas perezosas pero siguieron moviéndose —nada nuevo aquí.

En el Clan Ironfang, los machos eran sólo herramientas, destinadas a permanecer agachadas y callarse.





El único uso para los machos era ser lo suficientemente fuertes como para criar un heredero fuerte para que una tigresa pudiera ascender de rango y abandonar este pueblo de mierda en el campo hecho para mantenerlos atrapados aquí para siempre como escudos de carne después de ser desterrados del clan principal.

La subasta de esclavos se avecinaba y el hielo corría por sus venas.

Los destartalados escenarios de madera abarrotaban la plaza abierta, cada uno de los cuales mostraba a Tigerkin macho encadenado, reducido a nada más que su vergüenza.

Collares de hierro pesados clavados en sus cuellos, cadenas tintineando con cada cambio de nervios mientras los compradores merodeaban.

Una tigresa mercante hinchada gritó ofertas, clavándole un dedo en las costillas a un tipo, haciéndolo estremecerse.

"¡Músculo principal! ¡Perfecto para tareas de semental! ¡Quince garras de oro, sin regateo!

Pero su mirada se fijó en la plataforma central, donde sus entrañas se retorcieron en nudos.

Una tigresa colosal —trescientas libras de masa sólida, grasa superpuesta a un músculo duro como el hierro— se encontraba a horcajadas sobre un esclavo indefenso.

Sus piernas estaban destrozadas y sus tobillos encerrados en sus robustos puños como si fueran riendas de una montura salvaje.



Ella los aprovechó con fuerza, golpeando con todo su peso su polla retorcida tensada en su coño, y el impacto sacudió la madera debajo de ellos.

"¡AHHH! ¡ESTÁ DESTROZANDO MI COSA! STOP—¡POR FAVOR, PARA!" Los aullidos del macho atravesaron el aire, crudos y desesperados, resonando en las chozas circundantes.

La tigresa arqueó la espalda y el sudor le cayó por los flancos rayados, empapándose del pelaje. "¡Tranquilízate y déjalo, juguete de cría! ¡Será mejor que tu pene se mantenga —ungh— unido!"

Ella aumentó el ritmo, sus gruesos muslos golpeaban sus caderas con bofetadas húmedas y brutales que dejaban moretones floreciendo instantáneamente.

El rostro del tipo se contorsionó en puro tormento, las lágrimas se mezclaron con los mocos mientras su eje se pulverizaba dentro de su agarre en forma de tornillo de banco, sus paredes internas se apretaban como si quisieran aplastar huesos.

"Cerca —joder, tan cerca—", gruñó, su ritmo se volvió frenético. Sus garras perforaron sus tobillos más profundamente y la sangre goteaba en cálidos riachuelos.

Entonces ella explotó.

"¡RRAAARGH!"

Todo su cuerpo se estremeció violentamente, su núcleo se apretó con una fuerza que destruyó los huesos.





En la agonía, se retorció demasiado fuerte y con un CRACK espantoso y resbaladizo—

Su polla se desprendió por completo.

"¡GYAAAHHH!" Su grito fue algo salvaje, un gemido desgarrador mientras la sangre brotaba del tocón andrajoso, salpicando la plataforma en arcos pegajosos.

La longitud cortada permaneció enterrada en sus profundidades durante un latido antes de levantarse, dejándola caer con un repugnante chirrido, golpeando la madera empapada de sangre que se encontraba debajo.

Se levantó lentamente, con el pecho agitado, agarrando un paño andrajoso del costado para limpiar el desorden entre sus piernas como si no fuera nada.



"ARRRGH... ¡KHURHHGG! El hombre se agitaba en el escenario, agarrándose la ingle arruinada, y sus gritos se convertían en sollozos rotos.

"Maldita sea. Débil como el infierno. "Ni siquiera logré pasar una buena follada." Ella resopló, envolviendo la tela alrededor de sus anchas caderas. "¡Hola, comerciante!"

Una tigresa fibrosa se deslizó, mirando el desorden sin una pizca de lástima. "¿Qué puedo hacer, señora Klara?"

"Esta basura está hecha. Ya no sirve." Klara le lanzó una bolsa de monedas. "Déjalo. Tráeme algo más resistente—tiene que durar más de cinco minutos."



"Inmediatamente." El comerciante se embolsó el oro, agitando un par de gruñidos para llevarse los restos del naufragio, y su rastro de sangre manchó los escalones.

El Tigerkin arrastrado lo empapó todo y sus extremidades se convirtieron en gelatina. La tigresa que lo agarraba dejó escapar un estruendo gutural.

"¿Ves esa mierda? Ése es el destino de los fracasos." Ella lo sacudió nariz con nariz y su aliento calienteapestaba a carne. "¿Pero tú? Tienes suerte de caer en mis manos, no soy tan cruel. "Vamos a divertirnos de verdad"

Pasaron el mercado y se dirigieron hacia la frontera occidental del clan.

Más adelante se alzaba una arena colosal, con sus muros de piedra desgastados que se elevaban cinco niveles y vibraciones del interior retumbaban a través de la tierra como truenos distantes.



El Crimson Pit —no, espera, el Blood Roar Coliseum— fue confuso debido a que estaba presente ilegalmente aquí para divertirse con el desterrado Tigerkin.

Sus rodillas se doblaron, pero ella simplemente tiró con más fuerza y su pelaje se raspó contra la áspera pendiente de entrada. Las tigresas guardianas en las puertas asintieron, dejándolas pasar sin decir palabra. El rugido interior golpeó como una pared, golpeándole los oídos.

Ella lo arrojó al pozo. Rodó sobre arena arenosa mezclada con viejas manchas de sangre, tosiendo mientras se tambaleaba.



Miles de tigresas espectadoras llenaron los asientos escalonados, sus aullidos sacudieron el aire y las pancartas ondearon salvajemente con el viento. El hedor de la excitación y la sed de sangre era sofocante.

"¡LUCHA COMO ANIMALES, ESCORIA!"

"¡SÁQUENLES LAS TRIPAS!"

"¡EL GANADOR PODRÁ TENER SU PENE COMIDO POR MÍ TODA LA NOCHE!"

Escaneó la arena. Otros veinte machos salpicaban el suelo —algunos corpulentos Tigerkin flexionándose, con los ojos fijos en sus presas; Wolfkin con el pelo erizado, los labios curvados; un puñado como él, temblando, con la orina casi goteando por sus piernas.



La tigresa se alzaba sobre el borde del pozo y su voz retumbaba.

"Reglas simples, sacos de carne—ibatalla! El último bastardo que respira gana el premio: ¡subastado al mejor postor! Ella sonrió, con los colmillos brillando. "Todos prometemos follar al ganador hasta que se le rompa la polla, pero al menos saldrás con una explosión, ¿eh?"

"JAJAJAJAJA—¡FUFUFU, EN VERDAD!" La risa de la multitud resonó como un trueno.

Un gong profundo resonó.

Los duros se abalanzaron instantáneamente. Un corpulento Tigerkin le estrelló el puño en la cara a un Wolfkin—crujido, dientes volando en un rocío



rojo. Otro agarró una cabeza y torció —SNAP— el cuello doblándolo como una ramita.

El asustado Tigerkin permaneció congelado, mientras la carnicería explotaba a su alrededor. Un cadáver pasó volando, con los ojos en blanco y la garganta desgarrada.

"¡TRITURAR 'EM!"

"¡SANGRE! ¡DANOS MÁS!"

"¡APLASTEN SUS CRÁNEOS, IDIOTAS INÚTILES!"

Las tigresas en las gradas se volvieron locas, algunas deslizándose las manos bajo sus envolturas, frotándose mientras la matanza se calentaba.

Esto no era un espectáculo—era un maldito afrodisíaco para Tigerkin arrojado a este lugar para actuar como guardias.

Un perro lobo le atacó con las mandíbulas abiertas. El pánico aumentó; esquivó hacia la izquierda, con las garras rastrillando el aire donde había estado su vientre.

El wolfkin tropezó y un tigerkin se abalanzó por detrás, estrangulándolo con un agarre salvaje, con las venas abultadas en sus brazos.

El hombre tembloroso retrocedió hacia la pared, con el corazón latiendo con fuerza. Ahora sólo quedan doce, cuerpos esparcidos como basura y arena convertida en lodo rojo pegajoso.





La multitud coreó febrilmente.

"¡MATAR! ¡MATAR! ¡MATAR!"

Las garras temblorosas del macho rasparon la tosca pared de piedra detrás de él, con arena empapada de sangre adherida a sus piernas.

"¡GUAU! ¡SÍ, JODER! SÍ... OH, UMHH!!!"

El rugido de la multitud resonó en su cráneo como tambores de guerra, y en su visión vio algunos de sus dedos hundiéndose en sus coños hasta los nudillos, aplastando sus pechos desnudos con frenesí como si se excitara al ver asesinatos.

Mientras estaba de pie en la arena con su cuerpo tembloroso, el único pensamiento que se le pasó por la cabeza fue:

'Urgh... estas mujeres sucias y sucias—'

